

## El winchester de Durero



## EL PACKARD-CLIPPER Y LA ROSA MÍSTICA

Las luminarias de la hoguera habían alcanzado una altura nunca antes vista, aunque sí imaginada en algún delirio revelador y, por supuesto, punitivo. Siempre el castigo. En cuanto a los colores, creía recordar haber visto algo así en una sala de cine, hacía demasiados años. Era una película en la que un hombre poderoso y vesánico le prendía fuego a su ciudad. Seguramente había asistido al cine en compañía de Antonia. Antonia había ido sola a muchos lugares, pero ella jamás había ido sin Antonia a ninguna parte. Con toda seguridad, también eso era un castigo. Igualmente la castigaron las manos poderosas que la levantaron en vilo y la lanzaron de cabeza a las profundidades fétidas del Bártro. Era allí donde había visto las llamas y había empezado a jugar el agotador juego del aborrecimiento propio y las remembranzas. Más me hubiera valido dejarme desvirgar a los dieciséis años por el primer cabrón de ojos tiernos que se atravesó en mi camino. Pero cuando se desabotonó la portañuela y se sacó, en la sacristía, sin respetar la presencia de las imágenes santas ni el perfume sacramental, aquella méntula hiperbólica por lo grande, lo gruesa, lo dura y lo redentora, cometí el más grande error de mi vida al gritarle no lo hagas; te suplico, por el amor de Dios, que no me la metas. Carajo, mamá, me equivoqué. Y hoy me he vuelto a equivocar del mismo modo cuando le dije a Brito, treinta y siete años después, casi las mismas palabras.

Las blasfemias incontenibles y el llanto habían empezado a rivalizar con los aullidos de la Negra en medio de la oscuridad. Por primera vez en su vida blasfemaba, aunque más exacto sería decir por segunda. ¡Cojones, mamá! ¿Por qué carajo no habré ardidado yo también? Todo se ha ido a la mismísima mierda, mamá.

La visión ígnea existía ya nada más que en los ojos de Purita y en el instinto de su perra, pero ambas se comportaban como si el siniestro fuera a recomenzar de un momento a otro y las llamas fueran a tragárselo todo con bulimia doctrinaria. Y tal vez la culpa, una vez más, la tuviera el viejo Packard. Después de la total combustión del maderamen del garaje, bajareque separado de la casa por un pasillo de no más de tres metros de ancho, el automóvil, como una revelación, había resplandecido con luces azules y verdes, azófar incandescente que parecía provenir de las emanaciones que se originan en la demarcación del Ángel Astuto.

Hacía ya más de una hora que las sirenas de los bomberos habían dejado de sonar y por lo menos quince minutos que el fuego había sido sofocado por aquellos adolescentes vestidos de verde olivo que cumplían su Servicio Militar General. Al principio, el ruido de las sirenas y la diligencia de los reclutas les habían causado más agitación que la temperatura satánica y el resplandor que las llamaradas proyectaban en la perra noche negra, más negra que la perra Negra. Pero poco después, la contemplación del bajareque convertido en pira implacable y del Packard ardiente no dejaron el más leve espacio para la coreografía magistral de los camiones rojos, los muchachos atareados y los chorros de agua a presión.

Una vez dominado totalmente el incendio, solamente los aullidos incesantes de la perra y los sollozos, las imprecaciones y las obscenidades de Purita, hacían suponer que acababa de ocurrir una desgracia. También el olor. Ella y su perra poseían un olfato especialmente sensitivo. Las dos por igual. Y si alguna vez había existido alguna desventaja, había sido, a no dudarlo, de la perra.

Claro que todo no había sucedido solamente por culpa del Packard ni de su patraña insinuante ni de la escena que dos horas antes habían representado en su interior. Mucho más culpable

había sido el olor de las flores. Tal vez el de todos los olores supremos. Por ahí había comenzado a penetrar en su vida, desde siempre, la adversidad. Embusteros habían terminado en tornarse los aromas del almizcle, del ámbar, del estoraque, del benjuí. Solamente aspiraba ya el tufo de la deflagración.

La presteza y la eficacia de los muchachos vestidos de verde hicieron posible que la casa permaneciera intacta, por desgracia. Jamás imaginé que un pene fuera tan significativo en la vida de una mujer. Jamás imaginé que mi hermana Antonia y mi biografía me llevaran a esto. Jamás imaginó que un tegumento despótico situado en un sitial áulico instalado entre sus piernas, asociado a una suma de acontecimientos políticos, económicos y sociales, hubieran regido arbitrariamente toda su vida hasta convertirse en Soberanos de su Destino. ¡Un millón de veces mejor hubiera sido que ardiera todo de una vez, todo lo poco que queda, con nosotras dos adentro! ¡Cojones, mamá, mamita mía! No blasfemes, hija, por la Santísima Virgen, no blasfemes más, que todo ha sido un accidente.

La liturgia de los accidentes, proporción, ritmo, frecuencia, sistema, desde siempre le habían hecho sospechar y la habían enfrentado a la pregunta crucial: ¿Existen de verdad los accidentes, mamá? No obstante, el candor fructifica cuando la ilusión se hace imponderable, y había caído en la trampa. ¿No es verdad, Brito? ¿No te parece un feliz accidente que hayamos descubierto juntos la perfección de las orquídeas? Sí, sí, pero no prefería las orquídeas Brito. Era un profesional competente que se ocupaba de lo suyo. Patrick Suskind, así me dicen los jodedores en la corporación. Muy atractivo eso de que trabajara en una corporación Brito; quizás hasta tenía un alto cargo. No tanto, no tanto, qué más quisiera yo. Un subgerente o algo así. Bueno, no soy precisamente el fámulo del gallego que pone los billetes, pero tampoco soy su sobrino. No, no era el sobrino Brito, pero a lo mejor el yerno sí.

Risa grande de hombre convincente, dueño de sí. Si vieras una foto de la hija del gallego: un cabrón paraguas. Divorciado de una cubana criolla y con dos hijos que me dan más dolores de cabeza que todos los gallegos de Galicia y del mundo. ¿Divorciado de verdad, en papeles? Casi; digamos que en trámites, que falta alguna firma, alguna declaración, algún cuño. Muy atractiva esa sonrisa suya, seguramente la ensaya delante del espejo para agradar a las mujeres; y ese tamañazo que tiene, por lo menos tres o cuatro pulgadas por encima de los seis pies; y esa barba rizada y canosa que le da un aire de fauno viejo. Además, yo tampoco prefiero las orquídeas; voto a favor de las flores olorosas. Ese es mi negocio. Cuando quieras anda por mi casa, vivo en una quinta, en las afueras; te anoto mi dirección y te invito a un café.

Se sienten incómodas, pero no es a causa de la cháchara de Brito. En el frente del inmenso portalón en forma de U, madre e hija zozobran ante las descripciones de sus viajes, los pormenores relevantes del último de ellos, hacía ya cosa de seis años, a Bulgaria, para recibir un adiestramiento especializado en el cultivo de las rosas. No, no, Brito, no vayas a pensar semejante cosa; nos encanta escuchar tus cuentos, los relatos de tus andanzas por el mundo. El convicto era el Deterioro. Mamá y yo, es cierto, no nos hemos movido jamás de esta casa, pero mi hermana Antonia viajaba mucho. Sentadas con incomodidad propia de pujos intestinales en sillones desfondados y crujientes como viejas galeras, ninguna de las dos consigue presumir lucidamente de su pasado. Antonia iba todos los años a los Estado Unidos; a veces iba a Miami y regresaba en el día. Eran otros tiempos; entonces los sillones habrían sido silenciosos y confortables, pero ahora habían devenido en escabeles de letrina sin que se le pudiera encontrar remedio al mal.

Escuchaban con más sorpresa que atención. La parla de Brito era incansable y arrebatada. Debía de estar dotado de un poderoso

músculo en la lengua. Ja, ja, ja, claro que sí. ¿No me va a brindar un trago de café, doña Ángela? Gestos y aspavientos triunfales. Ángela se retira, maldiciendo para sus adentros, para hacer una colada que iba a pagar con tener que pasarse la mañana siguiente en blanco, y para ella un amanecer sin café era, sin discusión, un día de migraña. Ya te enterarás a su debido tiempo de los poderes de mi lengua, y de otros poderes que tengo. Por favor, Brito, no me gusta nada oírte hablar de esas cosas, con ese tono y con esa cara. ¿Qué cara? Mejor sigues hablando de tus viajes. Era una cosa extraordinaria viajar; no encontraba las palabras convenientes para describir la emoción que experimentaba al despertar por la mañana y darse cuenta de que estaba en otro país. El sol era el mismo y sin embargo era otro. Afuera todos eran terrícolas, todos gozaban y padecían poco más o menos con las mismas cosas, pero eran diferentes. Ahora hacía algunos años que no viajaba, hacía algunos años que las cosas habían cambiado, pero ya a él le había tocado su tajada cuando repartieron la fruta y se había dado el gustazo de atravesar el océano a bordo de aviones velocísimos y de conocer lugares de una incomparable hermosura. Tenías que haber visto los rosales de Bulgaria, Purita, costaba trabajo suponer que todo funcionaba tan mal en un país capaz de cultivar aquellos rosales, aunque, claro está, eso empecé a pensarlo después, porque en aquel momento me creía de muy buena fe que allí todo funcionaba muy bien y que aquellos dirigentes se tenían muy bien merecidas las medallas que nosotros les prendíamos en el pecho; a veces hasta llegué a sentir un poco de envidia ante aquel socialismo europeo que al final resultó ser más deficiente que el nuestro, si es que eso es posible. Pero estar parado frente a los inmensos rosales búlgaros, rodeado de campesinas preciosas y eficientes que hacían su trabajo sin dejar de reír y de cantar era como leer los *Manuscritos económicos y filosóficos* que redactó Marx en 1844: había que ser un miserable degenerado para no dejarse

convencer. Tendrías que visitar otro país, Purita, tendrías que descubrir un millón de cosas junto a mí.

¿Y era cierto que existían otros países? Flor marchita, ociosa, desilusionada, varada por los siglos de los siglos en las sirtes de su casta, se preguntaba si realmente podría existir otro país sobre la tierra; y no ya otro país, que eso resultaba extravagante y descomunal, sino otra ciudad, otra casa.

Mientras Ángela colaba el último y pésimo café, mezclado con el diablo sabrá qué sustancia y Dios sabrá en qué proporción, Purita tiene tiempo de violentar cancelas para revivir júbilos mustios. El palique erostrático de Brito, tal vez augurio de las llamas reales que vendrían después, obra el prodigio. Si su lengua era, como él había asegurado, poderosa y aficionada a degustar manjares nuevos, no podía incurrir en tácticas imprudentes. Desvió las alusiones fuertes a presuntos y eternos delirios lúbricos, y enfiló derecho, por el sendero más apropiado para una solterona católica, impresionable y antigua profesora de botánica, hacia una melopea de plazos vencidos, que al fin y al cabo no somos inmortales y nuestro tiempo es breve; de dones de Dios, que hizo al hombre a imagen y semejanza suya; de entusiasmos venideros, porque si bien nuestro tiempo era breve, todavía quedaba mucha vida por delante; de demenciales proyectos de amores adolescentes, porque ya cierto novelista francés había demostrado que se podía recuperar el tiempo perdido. El resto era una tempestuosa historia de tierras remotas, aviones sin motor, fototropismo positivo, parajes donde la nieve y el frío obligaban a entender la vida de otra manera, y un montón de palabras saltarinas y acrobáticas que dibujaban la exaltación del amor.

El olor fraudulento del café y el sonido de las tazas sobre platillos rajados la trajeron de vuelta al interior de las rejas herrumbrosas. Todo era demasiado turbio. Las palabras sonaban bien, pero no se podía edificar un alcázar regio con proezas de logomaquia,

y para colmo pretender levantarlo sobre ruinas y lesiones. Ya una vez, el año pasado, aquella noche en que aparecieron en el cielo absolutamente todas las estrellas de mayo, ella le había dicho a la Negra que sus pensamientos se habían convertido en algo muy parecido a aquellas sopas de letras que su madre la obligaba a tomarse cuando niña. ¿Y para qué carajo puede servir, Negra, una cabeza así, como no sea para estarse lo más tranquila posible en espera de los adioses y no andar jugando a los proyectos nuevos? Qué bruta eres, Negra, no entiendes nada de nada; parece que también a ti te hacen daño tantas estrellas. Pero la perra Negra no hacía otra cosa que dar pequeños gruñidos, además de tener todo el tiempo tres varas de lengua colgándole fuera de la boca y de soltar unos aullidos tristísimos que la hacían erizarse de pies a cabeza. ¡Síó, Negra! ¡Cállate ya, por Dios!

Truquero habilidoso con algo de charlatán de feria, extrae el frasco de algún bolsillo y lo exhibe triunfante. Era un presente de su amor, bueno, de mi estimación, Ángela, de mi afecto, no tiene que azorarse tanto cuando escucha la palabra amor. Ja ja ja, las cosas que le pasaban por la cabeza a esta pobre vieja. Y a la hija también. Pero no había que ser impertinente. Ya le sobraría tiempo a él, perro viejo como era, no solamente para hablarle mucho y lindo a Purita acerca del amor, sino para hacérselo conocer, hacérselo disfrutar hasta el clamor y la lágrima. Lograría, primero, ocasionarle un poco de amargura cuando su maña y destreza la hicieran exclamar cómo ha sido posible que yo me haya perdido esta maravilla durante tantos y tantos años. Pero quedaría sobradamente compensada cuando, poco después, la exclamación fuera de gracias a Dios que esperé hasta hoy, porque así el debut y el conocimiento me han llegado con una calidad superlativa. Ese perfume, exquisito como podrás apreciar, es de los que se producen en la corporación para la que trabajo. Sí, sí, ahora todo son corporaciones. Claro, el frasquito no, ese lo traje hace años de

la ex Checoslovaquia, de Bratislava, para ser exacto. Me lo regaló mi traductora cuando dábamos un paseo en yate por el Danubio y ella me explicaba que la otra orilla era Austria. Era onanista cuando hablaba de Austria, del capitalismo, de la sociedad de consumo; era iracunda y dolida cuando hablaba de los rusos; jamás había escuchado a ninguna persona decir tantas pestes de los rusos, pero como las decía en eslovaco, yo tenía que adivinar por su tono y sus gestos aquellas procacidades. No, Purita, no era linda mi traductora ni tuvo conmigo otras relaciones que no fueran estrictamente las de trabajo, ni otras atenciones que no fueran estrictamente las de regalarme ese frasco, invitarme a dar aquel paseo por el Danubio y pagarme algún que otro almuerzo. Sí, ya sé que todo el que viaja, es decir, el que viajaba, llevaba a sus traductoras a la cama y regresaba haciendo los cuentos de las tremendas orgías que había armado con aquellas mujeres desgarradas que se quedaban siempre perplejas y agradecidas del ingenio sexual de los cubanos, pero yo no puedo sufrir a una mujer que no se afeite las piernas y los sobacos.

Con impulso de linaje femenino, Purita saca de debajo del asiento sin fondo sus piernas acabadas de rasurar y se acomoda un arete de tal manera que puede exhibir como al descuido sus axilas cuidadosamente depiladas. Ja ja ja, bastante santurrón y mojigata, pero mujer al fin y al cabo la puñetera. Y ni los años ni esta vida extraña que lleva, uncida al yugo del desencanto, han conseguido eliminar sus encantos. Tiene tremendo cuerpazo la muy cabrona, carajo. Y tiene clase. Lindas manos, finas. Y no ha dormido jamás con hombre alguno. Santo Dios, un caramelo de anticuario. Valiosísimo. Un perfume francés de esos que se conservan en frascos que no han sido destapados en tres siglos. Iniciación, estreno, apertura, develación. Devoción fundacional. Lo fascinaban las flores de la doncella, poco importaba que fueran tardías, porque en todas las cosas de la vida le gustaba considerarse un fundador.

La minúscula garrafilla de cristal de Bohemia, tallada por una cara con el primor habilidoso de unas manos de orífice, arranca encomios exaltados: Galatea escucha encantada la syrinx polykalamós de siete tubos que para conquistar su amor toca Polifemo desde lo alto de un acantilado. Vidrio potásico cálcico, explica Brito enciclopédico, fabricado con materiales de extraordinaria pureza y mucho celo. Frasco maravilloso. Regalo finísimo. Las retículas de proporción célica que ocupan el resto del pomo adquieren un tinte amarillo al permanecer algún tiempo expuestas a los rayos solares del atardecer.

Destápelo y huélalo, doña Ángela. Oh, sí, cómo no, delicioso, exquisito. Bueno, sin querer ser inmodesto, yo he puesto mi granito de arena en su obtención. Extraordinario, Brito, muy admirable; me recuerda los extractos de Helena de Rubinstein. Ja ja, esta Ángela tiene siempre cada cosa, ja ja. No se ría, Brito, no se ría, que eran unos perfumes muy caros y francamente sublimes. Pero eso era antes, doña Ángela, y antes yo era demasiado muerto de hambre para entender de cosas caras y sublimes. Me han dicho que hoy en día se siguen fabricando. Ja ja, hoy en día todos somos demasiado muertos de hambre. Ja ja, Helena de no sé quién, qué cosas tiene doña Ángela.

Cuando Purita vuelve a enroscar la tapa bañada en oro de la garrafilla prodigiosa, ya Brito ha largado las amarras de su lengua heráldica. Si alguna vez llegaba a tener un escudo de armas, era seguro que en él aparecería una lengua encarnada en campo de gules. Hablaba con fervor gnóstico de los compuestos químicos de los suelos y los abonos, de cómo poner a salvo las plantaciones de las permutaciones del clima, de la rigurosidad en los quehaceres fitosanitarios a los campos de flores olorosas. Una simple imprecisión y sobrevenía la degeneración de los aromas. Cuánta parla entusiasta. Esa era su siringa para seducir nereidas; cierto que tal vez el instrumento fuera de un solo tubo, pero más que suficiente, además,

¿para qué hubiera querido los seis restantes? Y Polifemo no tenía para cuándo acabar. Le aseguraba a Galatea que sabía mucho más de esas cosas que los rusos, los alemanes y hasta que los búlgaros de aquella época caduca. Ahora, si le daban la oportunidad, quería medirse con los franceses, pero eso ya era harina de otro costal. La insularidad lo hacía señaladamente sensitivo, pero quizás eso no fuera suficiente, al menos no todavía, para enfrentarse al nervio robusto de la tradición. Eso para no hablar de que los cabrones de la corporación, por celos y envidia, le estaban escamoteando el viaje a Francia. Antes no se bajaba del avión, y ahora, desde su regreso de Bulgaria, se había convertido en el bípedo implume más terrestre que se pudiera concebir, a pesar de sus méritos indiscutibles. Debían de saber Ángela y Purita, ja ja, presunción aparte, que en los valles de Kazanlik, Karlovo y Kalofar, había dejado boquiabiertos a todos los ingenieros y técnicos locales. Aquellos especialistas útiles y abnegados, nacidos y criados en medio de infinitos rosales que parecían mares aromáticos, siempre que tenían alguna duda, cosa bastante frecuente, decían que había que consultar al cubano y pegaban a elogiar desmedidamente las narices tropicales. En el valle de Kazanlik, un plantador agradecido lo había invitado a la boda de su hija, una boda campesina típica. Ja ja, cuánta inocencia y cuánta bobería, Purita, cuánta poesía elemental y silvestre. Un angelito la novia, un diablillo simpático y vigoroso el novio. Júbilo genuino, como en los tiempos en que embriagarse era una fiesta de la naturaleza y no una neurosis. Pero la rosa mística se ruboriza y se sobresalta cuando Brito, Baco coronado de pámpanos y emergido sin duda de un lienzo de Poussin, hace alusión a la virginidad hecha trizas de la novia y a las muestras de eficacia viril que tuvo que dar el novio al exigírsele que mostrara a todos los presentes una sábana ensangrentada.

Tentaban su adefagia lúbrica el candor y la virtud. Plato de alta cocina para su apetito alquitarado. Degustaba los virgos arqueo-

lógicos con la misma complacencia que los vinos de rancia solera. Imagínense ustedes que a esta damajuana de amontillado nunca se la han dado a oler siquiera. Pasa ya de la media rueda y sus éteres exquisitos no se han contaminado, ja ja, bouquet inmaculado. Pero calma, calma, que la paciencia es una virtud que proporciona compensaciones superiores. Sean pacientes y esperen a que yo le haga un cuento que me sé, y entonces hablaremos de inocencias y rubores. Esperen a que yo la sienta en la silla eléctrica y el corrientazo en vez de matarla la resucite. Cuando ella cabalgue en el potro brioso, con la melena echada al viento, la boca entreabierta y la estrella del placer iluminándole la frente, sabrá que yo, Gran Mago Poderoso, acabo de insuflarle un aliento vivificante del que me estará eternamente agradecida. Ja ja, Purita, qué clase de singada más espectacular te voy a dar yo. Yo, el dios Brito, voy a ser tu creador. Me vas a recordar mientras vivas y a partir de ese momento siempre me vas a llamar papá, padre, papito, papacito.

Poussin, reinventor de imágenes, no cerraba la maldita boca embarrada de colores. Daba pinceladas y brochazos con el pico mientras la damajuana estaba cada vez más inquieta y ya no encontraba la forma de acomodar la amplitud redonda de sus nalgas en el hueco del asiento sin fondo. Este Brito del demonio no pensaba en terminar su cháchara, mamá, y no se acababa de ir. Llevaba ya más de tres horas dando unas insólitas explicaciones tan ecuménicas que habían pasado sin transición de las ventajas y desventajas entre los abonos nitrogenados, fosfatados, potásicos o calizos sobre los matices aromáticos de ciertas flores, a las excelencias tecnológicas del Packard-Clipper del 57. Trabajo le había costado decidirse entre sus dos grandes vocaciones: la mecánica y la agronomía. Finalmente había triunfado su pasión por los suelos, los frutos, las cosechas, las flores y los aromas exquisitos. No obstante, doña Ángela, y a pesar de lo que se diga ahora, no había podido hacerse ingeniero hasta después de bien cumpli-

dos los cuarenta y de haber pasado muchas veces el Niágara en bicicleta, a favor y en contra del tránsito. Pero todavía está claro y podemos ir a echarle un vistazo a ese carro, un rápido vistazo nada más y verás que no te vas a arrepentir.

La conmovía, la emocionaba casi hasta el llanto, la llenaba de admiración y hasta de amor hacia aquel grandulón, peludo y charlatán, la particularidad de su biografía. Había remado duro en mares difíciles y ahora buscaba las playas serenas que creía merecer, pero, por amor de Dios, Brito, a qué viene ahora eso de ir a echarle un vistazo al carro. Tú tienes que estar completamente loco. Ya sobrará tiempo para ocuparnos del carro, dando por descontado que ni mamá ni yo queremos ocuparnos de eso, pero ya son casi las siete de la tarde y tú estás aquí desde antes de las cuatro, habla que te habla, y yo necesito bañarme y comer, porque a las ocho va a llegar Marquitos, que llamó esta mañana por teléfono y dijo que a las ocho iba a venir para conversar conmigo y tratar de aclarar mis dudas, porque yo estoy muy llena de dudas, Brito, y no quisiera que tú y él coincidieran aquí, porque ustedes son demasiado diferentes y no piensan igual, y yo misma tampoco pienso igual que ninguno de ustedes, y mamá no piensa igual que nadie en el mundo, y lo que se va a armar dentro de esta infeliz cabeza mía va a ser otra sopa de letras, el disloque, la gran cagazón, y a lo mejor no lo puedo aguantar y me pongo a dar gritos como una loca o como una endemoniada, ¡Dios!

Dentro del bajareque del carro había ya bastante oscuridad y el único bombillo que pendía de una viga del techo estaba, por supuesto, fundido, y ni acudiendo al robo se podría solucionar el problema, porque ya todos habían sido robados. Brito dijo cuando me caigan algunos dólares que están al caerme, te voy a comprar bombillos para toda la casa; quizás este mismo carro nos ayude a conseguir unos cuantos dólares más. No veo cómo. Con lo bien conservado que parece estar, sería una atracción para pasear

turistas por toda la isla. Examina cuidadosamente todo lo que la penumbra le permite examinar y asegura, perito, que esta lata esta nueva, virginal, ja ja, en esta casa todo es virginal. Montado como estaba sobre cuatro burros de hierro, hasta las gomas de banda blanca del Packard parecían acabadas de salir de la agencia. Levanta el capó con lenta teatralidad de oficio sacerdotal y después de emitir un silbido de éxtasis, contempla el motor lleno de polvo y de cagaditas de ratones y otras sabandijas, con el recogimiento de un canónigo ante la carne viviente de Nuestro Señor retenida en la custodia. Madre de Dios, dice, motor Studebaker V8, el mismo del Golden Hawks, doscientos setenta y cinco caballos de fuerza, con sobrealimentador. Qué potencia. Y todo prácticamente nuevo. ¿Sabía que los rusos copiaron este carro para hacer el Chaika? Cuando estuve en la ex Unión Soviética, anduve casi todo el tiempo en un Chaika. No sabía de qué le estaban hablando Purita. Un carro igual a ese que utilizaban en el Palacio de los Matrimonios para pasear a los novios. Copiado de este Packard tuyo. De mi hermana. Creo que el del Palacio de los Matrimonios ya no funciona, no sé si por falta de combustible o por sabrá Dios qué, y a los novios los pasean en un coche de caballos, ja ja, más folclórico y más ecológico. Después de todo, nuestras calles fueron construidas para el tránsito de quitrines y volantas. Pero a nosotros dos no nos importa eso para nada. A la mierda con la ecología, con el medio ambiente, con los caballos que siempre apestan a sudor y a bñiga. Echaremos a andar esta maravilla y en ella nos montaremos cuando nos casemos. Brito, Brito, no tan deprisa, por Dios, a qué viene eso de estar hablando ya de matrimonio. Ja ja, claro que sí, bobita, claro que sí; yo soy un hombre impaciente; tú y yo nos casaremos y nos iremos de luna de miel en este carrazo, aunque estando como están las cosas, creo que debemos empezar a decir honey moon. Esta máquina era de mi hermana Antonia, Brito, ella era la única que la manejaba. Bueno,

bueno, está bien, pero de eso hace ya mucho tiempo. A Antonia hasta le hicieron una entrevista para una revista americana que se ocupaba de automóviles y esas cosas. Los entrevistadores le dijeron que el 57 había sido el gran año de las mujeres al volante, que de cada tres carros que circulaban por las carreteras yanquis, uno iba manejado por una mujer, que a causa de eso la Ford tenía más de quinientas combinaciones de colores en sus autos y la Chevrolet más de cuatrocientas, que ella era la iniciadora, una precursora en Cuba. Ven, ven, vamos a mirarlo por dentro.

Las charnelas y los trinquetes de las cuatro puertas funcionaron a la perfección, a pesar de tantos años en desuso. Es inconcebible tanta calidad. Por Dios, Brito, ya habrá tiempo para eso, ahora es ya muy tarde y está oscuro. Nada más que un minuto, por favor, sólo un minuto. Sentados en el asiento delantero tapizado de dorado y rojo salmón, Brito, con alborozo pueril, juega con el volante, con los pedales, con la palanca de los cambios de velocidad. Cuando joven, a mis veintipico de años, me moría de ganas de manejar un Golden Hawks, sentía envidia de los que podían pasear en un carro como éste; ¿tú nunca aprendiste a manejar, Purita? Nunca, únicamente mi hermana Antonia manejaba en esta casa; a veces hasta creo que únicamente ella existía en esta casa, los demás éramos fantasmas. No tanto, no tanto, que tú siempre tienes que haber sido de carne y hueso, sobre todo de carne, ja ja. Imagínate que yo ni siquiera trabajo desde el año 68; desde entonces he vivido la mayor parte de mi vida encerrada aquí. ¿Y cómo fue eso? Yo era profesora de biología en una Secundaria Básica y me gustaba arreglarme, perfumarme, ir bien vestida, lucir bien; tenía veintisiete años, provenía de una familia que nunca había vivido mal, era católica. Ja ja, nada más que te faltaba ser agente de la CIA. Casi me acusaron de serlo, no te creas; fue un tal Albarrán, jefe de algo, el que me citó a la oficina de la Dirección para decirme que mis clases, en lo que a la

materia impartida se refería, eran irreprochables, pero que yo no tenía condiciones para formar al hombre nuevo, que él lo sentía muchísimo, pero que yo no podía continuar trabajando en las aulas donde se estaban formando los futuros revolucionarios, los futuros dirigentes de este país. ¿Y no hiciste nada para defenderte? Claro que sí; a mí me gustaba mi trabajo y le dije mire Albarrán, compañero Albarrán, yo jamás he dicho en mis clases ninguna cosa en contra de la Revolución. Es verdad, Purita, me respondió Albarrán, pero también es verdad que nunca has dicho nada a favor. Pero, compañero Albarrán, comprenda, por favor, que yo hablo únicamente de antofitas o espermafitas, de tálamos florales, de androceos, de estambres, pistilos, cálices, ¿qué tiene que ver todo esto con la propaganda política? Mucho más de lo que tú te imaginas, compañera. Bueno, errores, cosas que pasan hasta en las mejores familias, ja ja, muchas veces he pensado que muy bien pudiéramos fundar la Small Mistake Corporation. Poco tiempo después, alguien se dio cuenta de la estupidez y nos ofrecieron trabajo nuevamente en las aulas a todos o a casi todos los profesores expulsados. La Rectify Corporation. Muchos aceptaron; yo no pude. La Rancor Corporation. Y desde entonces nos hemos sostenido mamá y yo del dinero que nos había quedado, primero, y de costuras en la casa y cosas así, después. Yo te prometo que a partir de ahora todo va a cambiar. Dios mío, Brito. La Oh my God Corporation. Vámonos, vámonos ya, que es tardísimo y apenas si puedo verte la cara.

No quería irse Brito. No estaba dispuesto a irse ahora, cuando aquella participación inesperada y cómplice en un pretérito que había transitado de la refulgencia de los proyectos a los sucesos umbrosos le había provocado una erección todopoderosa y acuciante que no sentía tal vez desde aquellos años en que envidiaba a los dueños de autos caros y potentes. El ariete venéreo le daba unos furibundos latigazos de energúmeno que lo lanzaban de cabeza

hacia urgencias impostergables. Perro viejo como era, estaba en condiciones de redactar y protagonizar su propio Kamasutra; cubano como era, su Kamasutra tenía que aventajar, necesariamente, a la inspiración mórbida de Vatsyayana Mallanaga, y por eso mismo se había hecho el propósito de avanzar con pasos melindrosos en la conquista del trofeo, con rodeos galantes y empleando la lírica del donjuanismo más refinado. Pero la autoridad absolutista de su naturaleza no se andaba deteniendo en contemplaciones sutiles y le tendía la trampa de una menesterosidad carnal que no permitía aplazamientos ni dilaciones. ¡No, coño, eso sí que no!, gimió Purita cuando él, en un arrebato ingobernable le agarró decididamente una mano y sin encomendarse a nadie se la puso encima de aquella de especie de yatagán nervioso y palpitante, desenfundado no sabía ella cómo ni cuándo ni valiéndose de qué arte, y ardiente por demás. ¡No grites y toca, toca, carajo, que no muerde! Con la mano libre le acarició, más bien le estrujó, el pecho y le sobó los pezones por encima de la ropa. ¡No sigas, por Dios te lo suplico, Brito, no sigas! No escuchaba súplicas ni razones Brito. Abandonó las incursiones por el escote y forcejeó con los muslos hasta alcanzar y casi destrozar la prenda más interior, medio destrozada ya desde antes por los muchos años de uso y la cantidad de remiendos. Bestia transida avasallada por unos formidables trallazos genitales, Brito daba unos saltos de mandril cinocéfalo en cautiverio sobre el vinyl dorado y rojo salmón y le decía hoy tu vas a conocer la Coca-Cola, santica mía, y verás que después no vas a querer probar más ningún refresco en tu vida. La mano beligerante había terminado por alcanzar la carne pilosa y hendida, por palpar con las yemas de los dedos brutos por la impaciencia, la minúscula lengüecilla sonrosada de la criatura nueva y al mismo tiempo inmemorial. Con el predominio de un domador de caballos, la lanza bocarriba sobre el asiento y la monta como a una yegua cerrera. Con el furor insensato de un jenízaro

en combate, esgrime la cimitarra sin filo y sin punta y por eso mismo más bárbara y ultrajante, y entre vagidos entrecortados de hoy tú vas a saber lo que es singlar, my little pretty nun, se dispone a clavarla en carne cristiana. Es entonces cuando Purita, con una insospechada firmeza en la voz que no dejaba el más mínimo resquicio para la duda, le dice si me la metes te mato, hijo de puta.

Cuando Brito se fue, ya había declinado el sol y unas nubes bermejas en el occidente avisaban, sin que nadie pudiera comprenderlo, el incendio que sobrevendría. No entender el indicio no había sido torpeza ni falta de inteligencia, sino, simplemente, que el sol se pone todos los atardeceres y los incendios ocurren sólo alguna que otra vez.

Se quedó parada junto al portón de la quinta hasta que Brito, a pie y confiado en encontrar cuanto antes un ecológico carretón de caballo que lo trasladara al centro de la ciudad, desapareció en la Carretera Central. Se quedó parada allí largo rato, sin pensar en nada, ni siquiera en lo que acababa de ocurrirle, mirando los carros pasar. Desde hacía ya algunos años su única distracción consistía en pararse al pie del portón y ver pasar los pocos carros que transitaban por la carretera y establecer una comunicación cifrada con choferes y pasajeros. Degustaba el sabor inofensivo de esta inteligencia clandestina. A veces permanecía horas enteras jugando a fabricar biografías; componía arbitrariamente las vidas privadas de aquella gente y trataba de imaginar cómo serían esas vidas si en algún momento se hubieran cruzado con la suya. Y en medio de aquel Limbo se hacía más corpóreo el fantasma de Antonia, pero con la corporeidad trapalera de la complejidad virtual, que sería como decir la presencia de la ausencia. Sabía que Antonia no regresaría y sospechaba, al mismo tiempo, que nunca se iría. A veces pasaban guaguas elegantes y refrigeradas, con vistosos rótulos multicolores a los lados y llenas de turistas que la miraban desde detrás de los cristales de las ventanillas, vidrios de

tinta umbría que rezumaban gotas de agua a causa del frío interior y del calor exterior. En ocasiones hubo quien le dijera adiós con la mano. Recordaba con gratitud aquella vez en que un hombre joven y melenudo, tal vez un español, o quizás un nórdico, le tiró un beso. ¿Cómo habría sido mi vida al lado de ese gallego o de ese sueco, en su país? ¿Cómo sería él? ¿Sería, como Brito, una víctima de la naturaleza, de la fecundidad, de la fuerza? ¿Cómo sería la vida de una profesora de biología en aquellas tierras diferentes? ¿Cuánto tiempo hace de eso, Purita? No recuerdo bien, pero sé que fue hace ya mucho. A lo mejor fue antes del carnaval de los turistas y el hombre joven del beso furtivo y la melena andrógina era hasta cubano y todo. Escuchaba el sonido de las ranas y los grillos y sentía unas ganas locas de llorar, de pasarse varias horas seguidas llorando por todo, por su vida huera, por Antonia, por el hombre del beso, por el propio Brito que cuando la descabalgó humillado y guardó la bestia agonizante detrás de la portañuela, encendió un cigarro y le dijo en voz muy baja nada de esto tiene importancia, son cosas que pasan; de todas maneras, si tú te quieres casar conmigo, mañana mismo liquido yo el asunto de mi divorcio, que de hecho hace ya más de un año que mi mujer y yo vivimos separados, y hacemos las cosas a tu manera, con titubeos, asombros, iglesia y corona de azahar. Asombrada estaba, pero de que Brito no hubiera gritado y blasfemado como un carretonero ecológico; sin embargo, el cigarro encendido que tiró en un rincón después de darle una profunda chupada, iba a gritar y a blasfemar por él. ¿Fue un accidente o lo hizo con toda intención, Marquitos? Ya sabía ella cuán turbio era el linaje de los accidentes. ¿Quién me tiende esta celada, Marquitos, Dios o el diablo?

La carcajada franca de Marquitos, o que al menos parecía franca, la hace levantar la cabeza para encontrarse (¿otro accidente?) con el texto hipostático que anuncia su predio: Dos Hermanas. Es posible que los turistas que me miran a través de sus

ventanas glaciales se pregunten dónde está la otra hermana. Nada se preguntarán, dice Marquitos, porque el letrero con el nombre de tu quinta está tan ruinoso y descascarado que en vez de decir dos hermanas, parece que dice vos, hermana; además, las celadas nunca provienen de Dios; si es celada, es del diablo.

Probablemente ni el Uno de Plotino, si hubiera podido ser interrogado al respecto, habría confirmado la veracidad de las palabras de Marquitos, porque allí estaba el viejo Packard-Clipper del 57, montado en sus cuatro burros de hierro, para introducir aunque no fuera más que una mínima partícula de incertidumbre. ¿Acaso no había asegurado Brito que aquel carro estaba nuevo? ¿Acaso no era ella misma una virgen? Veía el carro dentro del bajareque, todavía con las cuatro puertas abiertas, mientras caminaba junto al cura bisoño hacia el portal. Estaba allí desde hacía treinta años, exactamente desde la última vez que lo manejó Antonia. En un rincón que su vista no alcanzaba, estaban las botellas de queroseno, imprescindibles para alimentar los faroles en las noches de apagón. También, en alguna parte, estaba Antonia.

Antonia se reía siempre de mí, de mi fe, de mis misas, de mis rosarios. Se reía de todo a todas horas, y cantaba, fumaba, se acostaba con hombres y manejaba el Packard, mientras que yo pasaba las noches enteras ejercitando fantasías devotas cuyo escenario, no sé por qué, era siempre un jardín con una escalera de mármol al fondo; no recuerdo haber utilizado jamás esa escalera, nunca subí ni bajé por ella, pero siempre estaba ahí. Antonia hubiera sido la mujer ideal para este Brito del demonio, siempre tan entusiasta. ¿Será verdad lo que dice Marquitos? No me lo parece. Qué va a saber de estas cosas ni de nada, por muy cura que sea y por prolongados que hayan sido sus estudios. Todavía me acuerdo de cuando era alumno mío, quizás nada más que para darle la razón al compañero Albarrán. Cómo lo mortificaban los demás muchachos. Los muy jodedores le decían que era pajarito

y mariquita porque iba a misa y ayudaba al cura mientras ellos se masturbaban por ahí a costa de cualquiera, incluso a costa mía.

Dispuesto a escuchar pacientemente, como su ministerio exige, Marquitos se sienta frente a ella en el portal, en el mismo sillón que antes había ocupado Brito y que es el que siempre se reserva para los visitantes por ser el de fondo menos ripioso, dice veamos qué te pasa y se pone a limpiar con un pañuelo blanquísimo los cristales de sus espejuelos, que parecen fondos de botella. Pero ella nada dice, todavía, y sigue mirando hacia el bajareque donde el Packard de Antonia sigue inmóvil y lleno de polvo como la pieza emblemática de una gliptoteca delirante y aciaga. Antes de marcharse y después de pedir disculpas y mil perdones por su conducta estúpida y descontrolada, Brito le había dicho que ese automóvil era un regalo que Dios le hacía a los dos, que si ella era capaz de no estar resentida por la lamentable locura que él acababa de cometer, iba a mandarle un mecánico que trabajaba para su corporación y que era un verdadero mago con estos carros americanos de antes del triunfo de la Revolución. Ya vería ella el tremendo carrazo que tendrían entonces. Ganarían miles de dólares con él y después lo utilizarían para ir a La Habana, a Trinidad, a Cienfuegos, a Varadero, a casa del carajo, a gastarse aquellos dólares como verdaderos seres humanos y a darse la gran vida. Convertirían aquel Packard-Clipper en el azote de las carreteras cubanas, ya de por sí bastante azotadas. Mandarían a rotular con pintura iridiscente, a todo lo largo de los dos lados del auto, las palabras WHIP ROAD, con un color diferente para cada letra. Y ellos dos adentro, reventando de júbilo y aspirando a pleno pulmón el soplo de la resurrección, estrenarían las delicias del amor y del sexo, al menos ella, porque él, ya lo había dicho, era un perro viejo.

No, Brito, no estaba resentida Purita por la escena inflamada en la que casi resulta víctima de una desfloración bárbara y tardía.

No, Brito, ya te expliqué que mi flor no es entomófila, amiga de los insectos, ni anemófila, amiga del viento; tampoco es la flor enemiga, ni mucho menos la flor del rencor. Lo que pasa es que me repugna tanto entusiasmo para todas las cosas, aunque comprendo que de no ser tú así, todavía seguirías siendo el infeliz muerto de hambre que se moría por un Golden Hawk y que no conoció a su debido tiempo los perfumes fragantes de Helena de Rubinstein.

También Marquitos había empezado a mirar hacia el viejo Packard, y mirando en esa dirección había empezado a percibir olor a humo, a materia en combustión, pero no atinaba a determinar de dónde provenía aquel humo creciente.

Escucha, Marquitos, yo he vivido toda mi vida sola, conversando únicamente con mi madre vieja y con perras sucesivas. No sé con exactitud cuántas perras hay enterradas ya en el terreno de esta quinta, pero sí sé que todas, incluida la Negra, han sido perras tristes. Además estoy destrozada no sé bien si por la presencia de una hermana ausente o por la ausencia de una hermana presente, de modo que te darás cuenta de que me va a ser difícil empezar ahora a compartirlo todo con alguien. Sin embargo, me pasan cosas extrañas y me pregunto si no me estaré volviendo loca, si no será una verdadera cosa de locos esta que me está ocurriendo tan tardíamente, porque me sucede algo que me da mucha pena decirlo, que me da hasta pena pensarlo, ¿comprendes?

Viene a su mente el San Agustín de las *Confesiones* y pone cara de que sí, cómo no, comprende, aunque en realidad no comprende nada. Sonríe con indulgencia porque la indulgencia resulta un excelente embozo para la estulticia. Mira hacia un punto cualquiera en la lejanía en penumbras, porque a lo mejor toca la flauta y ocurre que en ese punto está la luz de Dios.

Me abochorna mucho que esto me pase, pero me pasa. Me aterroriza la idea de morirme siendo virgen. Siento vergüenza de mi virginidad. No quiero llegar a la vejez y a la muerte con esta

insufrible carga a cuestras. ¿Será posible que a ninguna edad pueda yo llegar a ser como todas las demás mujeres?

El aprendiz de patriarca lamenta su destino, deplora su elección. Suponiendo que alguna vez él haya elegido algo. Sinceramente, no entiende, no puedes entender nada, Marquitos, por más de mil razones. Eres todavía demasiado joven y tu niñez pasó en medio de aquellos malditos alumnos míos que se mofaban de ti, y te decían doncellita, muñequita linda de cabellos de oro, hermanita Azucena, Tom is a boy and Marquitos is a girl, y todas aquellas mentiras, ¿o es que no eran mentiras, Marquitos? Yo siempre sospeché que se trataba de mentiras provocadas por la envidia. Te envidiaban el valor de ser diferente y eso no te lo podían perdonar, como tampoco te perdonaron jamás que Flor de Lys, que era la chiquilla más preciosa que había en el mundo, se enamorara perdidamente de ti. Todos ellos la codiciaban y la perdonaron a ella, pero no te perdonaron a ti y se vengaban de aquella manera. No te pudieron perdonar jamás que cuando Flor de Lys te hizo aquella encerrona en el baño y se desabrochó la blusa del uniforme para que tú le acariciaras las teticas maravillosas, salieras huyendo como alma que lleva el diablo. El aprendiz de patriarca sabe que nunca será patriarca y comprende con mucha vaguedad la detestable servidumbre de tener que dar respuestas. Era preferible ser el hombre de las preguntas antes que ser el hombre de las respuestas, sobre todo cuando la luz de Dios seguía sin aparecer por ninguna parte ni sus palabras acudían a sus labios.

Por lo que sé, el hombre está casado y es ateo, pero todo eso pudiera tener remedio. Ahora, sin dejar de mirar hacia el bajareque y sintiendo cada vez con mayor intensidad el olor de la candela, ensaya una mirada más o menos semejante a la que hubiera tenido el obispo de Hipona cuando platicaba con Mónica. Pero no podía recordar con exactitud si alguna vez habían conversado acerca de la desilusión, acerca del vacío. Plotino y Aristóteles, que habían

inspirado a los Padres de la Iglesia, le tenían, cada uno a su manera, horror al vacío. ¿Servía eso de algo? Parece que de nada.

Todos se confundieron con la visión primera de las llamas. Marquitos, náufrago en agitados mares patristicos, vio una señal del Espíritu Santo que ahora habría que descifrar. Ángela, que acababa de aparecer con una taza de café recalentado para el Padre Marquitos, creyó que amanecía, a pesar de que el bajareque estaba hacia el Oeste. Purita estuvo segura de que se trataba de la tizona flamígera del Ángel Verdugo, que venía a cercenar, de un tajazo limpio, los élitros podridos de tu última esperanza. Su suerte estaba echada y nunca se casaría con Brito ni con nadie. Su flor, que no era de los insectos ni de los vientos ni del rencor, sería la flor del holocausto. Ya le había dicho el compañero Albarrán, la tarde aquella en que asumió a cojones responsabilidades de Demiurgo, que ella no servía para formar al hombre nuevo, y nadie, por supuesto, quería saber ya nada de hombre viejos, aun cuando se tuviera la certeza de que esos hombres una vez fueron nuevos también. Además, no quería disfrutar lo que alguna mala estrella no había consentido que disfrutara su hermana. Las llamas crecían, y antes de decidirse a correr en busca de auxilio, vio, a la luz de su resplandor, que el letrero del portón parecía decir ahora cero hermana, y supo que a ella también la habían convertido (¿quién?, ¿quiénes?) en una persona virtual. Su suerte era negra, tan negra como su perra Negra. Hacía treinta y siete años, en la sacristía, el cabrón de ojos tiernos que pretendió hacerle el Gran Favor, le dijo no seas comemierda, mira que esa membranita apestosa que tanto defiendes es como un pan de flauta, que si no se come a tiempo después no hay ya quien le meta el diente. Pero eso había ocurrido en 1957, pocos meses después que la familia hubiera gastado un dineral en comprarle el Packard a Antonia, y otro dineral en comprarle el ataúd a Antonia, cajón que a ella le había parecido un gigantesco y achicharrado pan de flauta, al que

ya nadie podría meterle nunca el diente, por más que a sus oídos había llegado el rumor de que las últimas palabras pronunciadas por su hermana en el hospital habían sido ahora que me quiten lo bailado.

Los bomberos se habían marchado después de haber sofocado el fuego con chorros de agua y chorros de bromas. Marquitos se había marchado en su Lada color crema sin haber encontrado jamás las palabras que buscó en la oscuridad, en las estrellas, en los textos teológicos, en el sonido de las sirenas, en las llamas. Ángela se fue a la cama después de haber echado una última ojeada al bajareque todavía humeante y al Packard asurado, tras haberse encogido de hombros y haber dicho gracias a Dios no se ha perdido nada. Purita, ya rebalsado su torrente imprecatorio y obsceno y acompañada únicamente por la perra finalmente silenciosa, se paró junto al portón, bajó el letrero que, mal que bien, decía Dos Hermanas, en espera de que pasara alguna guagua llena de turistas dormidos. Era posible que alguno, víctima de las mañas de la vigilia, le tirara un beso y le dijera adiós.